

Campo de Criptana

No puede faltar en este incompleto recorrido por las plazas próximas el recuerdo de la de Campo de Criptana pues el pueblo entero tiene reservado un lugar preferentísimo en esta obra desde que se pensó en realizarla, aunque no haya llegado todavía el instante de dedicarle la atención que merece y necesita, que encajará de lleno al ir completándose el estudio médico-topográfico de la comarca, apenas iniciado y sobre el cual podría decir burlescamente José María Gómez o su hermano Bernardo, que me voy a pasar la vida templando sin llegar a tocar.

Yo conozco poco el Campo y no mucho más los demás pueblos de la comarca por las circunstancias especiales de mi vida. Ahora, a los ochenta años, es cuando suelo recorrerlos con algún detenimiento apartándome de los deberes profesionales que me siguen embargando. En cambio conozco a la gente de cada sitio y la conozco mucho más en su intimidad que en la vida de relación que no he tenido ni echo de menos.

De la infancia conservo el recuerdo de la pugna que mantenían campesinos y alcaceños y de las incursiones que se hacían uno y otro pueblo a pedrada limpia, análogas sin embargo a las que dentro de cada pueblo mantenían entre sí los de unos y otros barrios.

Mi relación posterior, desde el instante feliz en que me pusieron a trabajar, ha sido muy entrañable con todo el forasterío y con los del lugar, logrando una confianza tal vez inmerecida pero que me ha obligado mucho para hacerme digno de ella y corresponderle. No ha existido ningún momento de crisis en esa compenetración y aún ahora que apenas si puedo dar algún consuelo, sigo sintiendo el deber y el agradecimiento en virtud de los cuales cualquier desvelo o cualquier sacrificio me parecen poco para corresponder a esa confianza segura y verdadera tan necesaria entre las personas.

El haber merecido esa confianza a corazón abierto de tantas personas que necesitan confesarse donde creen y no sólo en los templos,

La Plaza del Campo

Por la ley de los contrastes, que es una de las leyes que se cumplen, como la de las rachas y si ves un cojo, antes de diez minutos ves otro, resulta que en el pueblo de las chicas guapas no hay manera de sacarle una fotografía a la plaza que demuestre lo que es.

Será la única plaza que figure en este libro sin ilustración gráfica, pero hay que aceptarlo como un hecho natural. La plaza del Campo tenía que ser discretísima y lo ha logrado hasta el punto de hacerse impenetrable para los objetivos fotográficos, pero es una plaza casineril, con aire de solana, resguardada, propicia a la murmuración cotidiana, más vespertina que matutina, que es lo contrario de antes.

La arboleda que la hace invisible oculta también los corros de comentaristas y hay que buscarlos entre las ramas como a los pájaros lugareros, desde donde ellos lo ven todo librándose del alcance de los gatos.

Gran criba la de la alcahuetería placera que no pasa ni una paja y pone respeto y miramiento en las relaciones.

De todo ha de haber en la viña del Señor y no hay nada tan malo que no sirva para algo bueno.